

Chanchito



EL DIBUJO PARA LOS NIÑOS

con lápices y cajitas de colores que vende EL MENSAJERO, es el pasatiempo más agradable y útil.

En la misma Librería y Papelería, es la agencia de *Billiken* y *Marilú*, las mejores revistas argentinas para niños.

EL BANCO DE LA REPUBLICA

interesado en facilitar a la juventud la consulta de obras sobre cuestiones económicas y financieras, y aumentar en la generalidad de las gentes la afición por este género de estudios, ha resuelto abrir para el público la BIBLIOTECA DEL BANCO, que está siendo provista de las obras nacionales y extranjeras de mayor actualidad.

HORAS DE LECTURA:

DE 2 A 4 Y MEDIA P. M.,
TODOS LOS DIAS,
EXCEPTO LOS SABADOS
Y DOMINGOS

Estufitas eléctricas de verdad !

Para la cocina
del muñequero

Pídele a tu mamá que te
lleve a verlas al almacén de la

Energía

Calle 13, No. 10-69

Quiere usted recibir a

CHANCHITO

en su casa, sin que le
cueste nada?

Consíganos CINCO sus-
criptores entre sus amigos
y le enviaremos

LA REVISTA GRATIS

Entre los niños que nos envíen las
soluciones correctas de los pasatiem-
pos rifaremos un lindo lapicero.

Las soluciones deben enviarse al apar-
tado 385 con el cupón que aparece al
pie.

CUPON PARA LOS PASATIEMPOS
DEL NUMERO 33

SERVIR ES PROGRESAR

Siempre a sus órdenes

EXPRESO RIBON

Para sus transportes rá-
pidos a todo el país.

Bogotá carrera 8a.,

La simpática y bella Re-
vista Infantil

“**CHANCHITO**”
se reparte rápidamente por el
“**EXPRESO RIBON**”

PARA NIÑOS Y NIÑAS:

Ferrocarriles con rieles, túneles y es-
tación, en todos tamaños, desde
\$ 1.00 hasta \$ 10.00.

Cajas de mecanos para todas las
combinaciones mecánicas.

JUEGOS DE CROQUET. - Juegos
combinados en cajas de cinco.

Automóviles en todos estilos.

Caballos, osos, perros, vacas, etc.

Juegos de té, bañitos, teléfonos, ca-
mitas, pesebres, muñecos y muñecas.

Y TODO LO QUE UD. PUEDA
DESEAR PARA OBSEQUIAR UN
NIÑO DESDE RECIEN NACIDO

ALMACEN DEL CENTRO

A. DUFFO

BOGOTA - CALLE 12, No. 6-47.

JUEGOS DE TE

de Porcelana
Japonesa.

LINDOS ESTILOS



PRECIOS BAJOS



ALMACEN "MIO"

(PLAZA DE BOLIVAR)



*Ahora comprendo
por qué fuma papá!*

PARA LOS NIÑOS

EL MEJOR
RECONSTITUYENTE

EXTRACTO
DE
MALTA DE

BAVARIA

Con licencia de la Comisión
de
Especialidades Farmacéuticas.

COLEGIO

PARA NIÑOS
DE 4 A 10 AÑOS



DIRIGIDO POR LA SEÑORITA
MERCEDES DE LA CRUZ



Carrera 12 , número 16-64.

Teléfonos: 30-80 y 23-77.

CHANCHITO

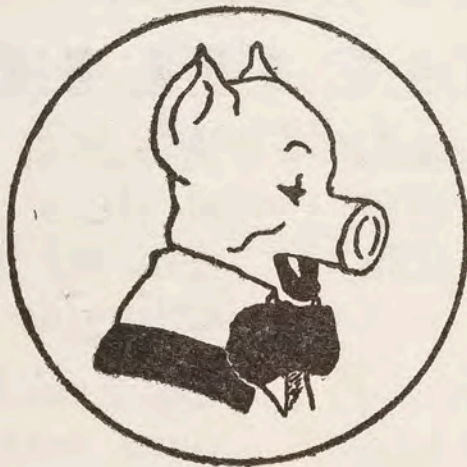
REVISTA ILUSTRADA PARA
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Directora, Mercedes Caro

ADMINISTRACIÓN:

Calle 57 - 8-13—Tel. 82 Ch.



VALOR DEL EJEMPLAR EN
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.) \$ 1.20
6 meses (26 ") \$ 2.30
1 año (50 ") \$ 4.50

Por correo: Apartado 385

Por telégrafo: Chanchito.

VOLUMEN II

BOGOTA, MARZO 22 DE 1934

NUMERO 33

LAS NIÑAS CIEGAS

He tenido ocasión de visitar el Instituto de Ciegas y Sordo-mudas que dirigen las Madres de la Sabiduría, obra tan admirable como desconocida entre nosotros. La casa, situada en la parte alta de la ciudad, es vieja e inadecuada, pero tiene amplitud y flores, y resplandece de aseo y orden. Acompañado por la anciana Madre francesa y por una Madre colombiana, admirablemente preparada y rebosante de alegría y entusiasmo, visité las distintas secciones, empezando por la de las cieguitas, a quienes hallé ocupadas en diferentes oficios, leyendo en sus libros especiales, escribiendo con el punzón y tejiendo. Son unas veinte niñas que inspiran una gran lástima. Algunas llevan en el rostro impresa su desgracia, pero muchas tienen unos ojos dulces y profundos que parecen sanos. Hay tres hermanas ciegas y según me informa la Madre, sus dos hermanitos también lo son: toda una familia sumida en las oscuridades de una noche sin estrellas ni aurora.

Sabéis cómo leen los ciegos? Utilizan el sistema Braille, en el cual por medio de puntos grabados con un punzón en el papel, se representan todas las letras y todos los números. Estuve palpando con mis toscos dedos una página de esas y

no pude distinguir por el tacto ni el número de puntos que tocaba ni su distribución; y aquellas niñas van pasando sus manos suaves sobre esos montículos casi imperceptibles y leyendo con más habilidad que muchos suscriptores de CHANCHITO. Esos mismos puntos sirven para escribir la nota musical; vi a una de las niñas seguir con una mano la escritura y tocar con la otra una melodía en el piano. Hay una niña que al principio no sentía la música: "el piano no me dice nada", le observa a la Madre. A fuerza de estudio voluntario y perseverante, esa cieguita ha llegado a vencer las dificultades de la ejecución y empieza a comprender lo que le habla el piano en la lengua misteriosa de la música, tan adecuada para expresar los íntimos sentimientos del alma.

La congoja que sentí al principio se transformó en consuelo y admiración al ver la condición relativamente privilegiada en que se encuentran esas niñas y cómo a fuerza de dulzura y perseverancia puede hacerse del tacto un instrumento finísimo que registra las sensaciones que los sanos recibimos por la vista.

Si las ciegas ven por los dedos, las sordo-mudas oyen por los ojos. Pero sobre esto hablaré en otro número.

EL PODER DEL HOMBRE

El hombre es rey absoluto,
no hay a sus antojos valla;
todo a su imperio avasalla,
todo le paga tributo.

En ligeros globos vuela
y deja atrás al condor,
pero lo vence el dolor
de la cabeza o la muela.

Del sol el peso averigua,
del sol las leyes promulga,
y lo acobarda una pulga
y lo enloquece una nigua.

Al formidable león
vence y vence a la pantera,
y luégo lo desespera
algún mosquito zumbón.

El hombre para matar
mil venenos elabora,
pero por desgracia ignora
la manera de curar.

Con su ciencia, en un instante
cambia el diamante en carbón,
mas le falta otra invención:
hacer del carbón diamante.

Arranca al tirano fiero
el cetro, al cielo los rayos;
mas no logran sus ensayos
extinguir un hormiguero.

Un fusil ha descubierta
para matar de carrera;
lástima que no pudiera
devolver la vida a un muerto.

Independiente, altanero,
ni a Dios ni al diablo obedece,
y tiembla si comen trece
o si se vuelca el salero.

Con su poderosa mente
abarca la creación,
y le quita la razón
una copa de aguardiente.

Surca del mar el abismo,
desafía su furor;
pero le falta valor
para vencerse a sí mismo.

Todo el humano poder,
toda la grandeza humana
es correr tras un mañana
y suspirar por ayer.

R I C A R D O

C A R R A S Q U I L L A

DE LABRIEGO A DICTADOR

Cincinato, noble romano que vivía dedicado al cultivo de la tierra en una hacienda de labranza, fue sorprendido un día por una comisión del Senado Romano que pasó a comunicarle que, estando amenazada la patria por los aeques y los volscos, la República le había nombrado dictador y reclamaba sus servicios para salvarla. Cincinato arrojó el arado, se ciñó la toga, empuñó la espada y, presentándose en Roma, formó un ejército con el cual venció y destruyó al enemigo; después de lo cual abdicó la dictadura y volvió a su hacienda para empuñar de nuevo el arado.

LOS CUNNINGHAM'S

(POR ARTURO CONAN-DOYLE)

(Continuación)

—Tal vez... Como lo he escrito algo de prisa...

—¡Y tanto! Aquí empezáis diciendo: "Habiéndose cometido el martes, a las doce menos cuarto de la noche próximamente..." No fue próximamente, sino a las doce menos cuarto en punto.

Confieso que esta ligereza en Holmes me disgustó no poco, comprendiendo lo molesto que había de estar viéndose cogido en una inexactitud, él, que era la precisión personificada. El ataque de hacía un momento, esta reciente torpeza, todo parecía indicar que mi amigo se resentía de su enfermedad y que no había recobrado aún su claridad de criterio y su presteza de observación.

Hubo un silencio embarazoso mientras el juez corregía el borrador. El inspector fruncía las cejas, Alec soltó la carcajada y el coronel y yo nos miramos consternados.

—Tomad —dijo Cunningham, padre, entregándole a Holmes el papel—; ya podéis mandarlo a la imprenta.

Holmes guardó cuidadosamente el documento en la cartera, y abrochándose la americana, repuso:

—Ahora, si os parece, sería conveniente que diéramos una vuelta por la casa, a ver si el criminal se ha llevado algo que no echáistes de menos en los primeros momentos.

Antes de entrar, mi amigo examinó nuevamente la cerradura forzada. El asesino debió emplear una ganzúa o un cuchillo de grandes dimensiones. En la madera no se notaba el menor rasguño.

—¿No tenéis barra en las ventanas?—dijo de pronto, volviéndose hacia los Cunningham's.

—No; no las creímos necesarias.

—¿Y perro?

—Perro, sí; pero está siempre encadenado en la otra parte del jardín.

—¿A qué hora se despidieron para acostarse los criados?

—A eso de las diez.

—¿Y William?

—También.

—Entonces no se explica que estuviera de pie a... Vamos adentro.

Subimos la escalera y nos encontramos en el descansillo del primer piso. Luégo nos internamos en un ancho corredor, al cual daban las puertas del salón y de algunas otras habitaciones, entre ellas las de las alcobas de los dos Cunningham's. Yo no le quitaba ojo a Holmes, y comprendía, por la expresión del rostro, que había encontrado por fin una pista. ¿Cuál? Por más esfuerzos imaginativos que hacía no lograba dar con ella.

—¿Cuáles son vuestros cuartos?—preguntó, deteniéndose y mirando a Cunningham's padre.

—Esos dos. Este primero es el mío, y aquél el de mi hijo. Pero me parece, señor Holmes —continuó con tono de impaciencia—, que estamos perdiendo un tiempo precioso. ¿Cómo demonios iba a entrar nadie aquí sin que nos percatáramos de ello?

—Realmente —observó el joven sonriendo irónicamente—, el señor Holmes me parece que va un poco descaminado.

—¿En qué quedamos, señores? ¿No habéis dicho antes que me dejaríais obrar a mi gusto? Tened un poco de paciencia.

Luégo, empujando una puerta, continuó:

—¿De modo que ésta es la alcoba de vuestro hijo?

Y entró seguido de nosotros.

—¡Calla! Esa habitación debe de ser el tocador, ¿verdad? ¿A dónde da esa ventana?

Y entrando en el segundo cuarto, salió después de echar una rápida mirada en torno suyo.

—Vaya, me parece que ahora ya estaréis contento —murmuró con huraño acento el juez.

—Algo, algo lo estoy... Ahora me falta

ver vuestro cuarto... si no tenéis inconveniente.

—¿Yo? Ninguno.

Y abriendo la puerta de su habitación pasó el juez primero que todos. Era una pieza sencillamente amueblada y sin ningún detalle que revelara nada fuera de lo vulgar y corriente.

Holmes, cogiéndome del brazo, procuró que nos quedáramos los últimos. De pronto y como sin fijarse, le dio un empujón a una mesita que había a la cabecera de la cama con un plato de naranjas y una jarra llena de agua. Rompióse la jarra en mil pedazos y las doradas frutas rodaron por el suelo.

—¡Qué torpeza, Watson! —me dijo con acento incomodado—. Menudo estropicio acabáis de hacer.

Rojo de vergüenza me incliné para levantar la mesa y recoger las naranjas, comprendiendo que cuando mi amigo me reñía tan injustamente, debía tener sus razones para obrar así. Los demás se inclinaron también para ayudarme. Cuando levantamos la cabeza, el inspector lanzó un grito de estupor.

—¡Calla! ¿Dónde está ese hombre?

Efectivamente, Holmes había desaparecido.

El joven Cunningham's frunció el entrecejo.

—Me parece que ese individuo está algo chiflado. Venid conmigo, padre, y vamos a ver dónde se ha metido. ¿Queréis tener la bondad de esperarnos un momento?

Y sin esperar nuestra contestación, salieron padre e hijo precipitadamente, dejándonos al coronel, al inspector y a mí con un palmo de boca abierta.

—Pues yo, señores —exclamó el inspector—, confieso que soy de la misma opinión que el señor Alec... Me parece que el señor Holmes tiene más de...

No tuvo tiempo de acabar. Hasta nosotros llegó la voz de mi amigo que gritaba "¡Socorro!" con todas sus fuerzas. Loco de angustia me precipité fuera de la habitación. Los gritos, que se habían cambiado en aullidos roncós e inarticulados, venían del cuarto de Alec. La puerta estaba abierta, y al entrar en el tocador del joven vi a Hol-

mes tendido en el suelo y a los dos Cunningham's echados sobre él. Mientras el hijo le apretaba la garganta, el viejo le sujetaba con los puños.

Entre el coronel, el inspector y yo liberamos prontamente a mi amigo, y éste se levantó pálido, tembloroso, sin voz.

Hubo un momento de silencio en que todos nos miramos y en que sólo se oía la anhelosa respiración de Holmes.

Por fin mi amigo recobró el habla, y señalando a los dos Cunningham's, exclamó:

—Detened ahora mismo a esos dos hombres, inspector.

—¿Que los detenga? ¿Por qué?

—Porque son los asesinos de su cochero William Kirwan.

El inspector estaba atónito y sin saber qué hacer...

—¡Por Dios, señor Holmes! ¡Eso es demasiado!

—¿Demasiado? ¡Miradles!

Efectivamente. No recuerdo haber visto nunca tan clara la huella de un crimen en el rostro humano como en las facies de aquellos dos hombres. El padre estaba como petrificado, y en sus rasgos se leía una crueldad extrema. Del rostro del hijo había huído la sonrisa burlona de antes y contraía la boca con un gesto de rabia y de cinismo, mientras que los ojos chispeaban de odio.

El inspector se asomó al pasillo y dio un silbido. Dos agentes de policía entraron en la habitación.

—Dispensadme, señor Cunningham —balbuceó el asombrado inspector— no tengo más remedio que obedecer, a pesar de mi convencimiento de que se trata de un error y que... ¡Demonio!

Y dio una manotada en el brazo de Alec. Un revólver cayó en el suelo. Holmes le puso el pie encima.

—¿Lo estáis viendo, inspector? Ahora mirad la otra prueba —continuó, agitando un pedazo de papel en el aire.

—¿Qué es eso?— exclamamos los tres a un tiempo.

—El resto de la carta.

¿Dónde estaba?

—Donde yo esperaba encontrarlo. Dentro de un rato tendré el gusto de explicároslo

todo. Ahora, coronel, tendréis la bondad de dejarnos solos al inspector y a mí con los criminales. Podéis esperarme con Watson en vuestra casa. Antes de una hora nos reuniremos, y, como os he prometido antes, lo explicaré todo.

IV

No había transcurrido la hora señalada, cuando Holmes apareció en el salón del coronel Hayter, acompañado de un viejecillo simpático y de mirada asustadiza.

—Me he permitido, señores, rogar al señor Acton que me acompañara para que oyese la explicación de lo ocurrido, porque nadie como él podía tener interés en saberlo. Lo que siento, coronel, es que hayáis invitado a pasar unos días en vuestra casa a un aguafiestas como yo.

—Al contrario —protestó calurosamente Hayter; —no sabéis la satisfacción tan grande que ha sido para mí el conoceros y veros trabajar. Os juro que, por mucho que yo me imaginaba de vuestro talento, nunca pude acertar con la realidad. Por más vueltas que le he dado, no comprendo, no puedo comprender cómo habéis descubierto a los autores del crimen.

—Ya comprenderéis y hasta lo encontraréis muy sencillo e infantil casi cuando os lo explique. ¿Verdad, Watson? Figuráos que...

—Pero sentaos, Holmes; estáis muy pálido —observé.

—Sí, realmente, estoy algo débil. No es para menos después de la lucha titánica que sostuve en el tocador. Si tardáis un poco más allí acabo mis días. Con vuestro permiso, coronel, voy a echarme un vaso de este rico aguardiente.

—¡No faltaba más! ¿Y los nervios? Menudo susto nos dísteis con el ataque de antes.

Sherlock Holmes soltó la carcajada. El coronel y yo nos miramos estupefactos.

—Ya hablaremos de eso, señores —dijo alegremente mi amigo después de beber la segunda copa de aguardiente.—Las cosas

hay que ir las diciendo por su orden, y así voy a hacer, advirtiéndooos antes que si hay algo oscuro o incomprensible en mi relato, me interrumpáis para que lo explique mejor.

Hizo una pausa como para excitar nuestra atención —lo cual, por otra parte, no era necesario— y continuó:

—Todo buen policía, lo primero que debe aprender, como conocimiento indispensable e importantísimo, es a distinguir en cualquier asunto los detalles accesorios de los principales. De lo contrario, corre peligro de despistarse y malgastar su energía y todas las demás condiciones buenas que posea. En el caso actual yo comprendí desde el primer momento que la clave del misterio estaba en el pedazo de papel que se encontró en la mano de la víctima. Recordaréis que, a ser verdad la declaración de Alec Cunningham's, el asaltante nocturno no podía ser el que arrancó el papel, puesto que huyó antes de que cayera al suelo el cochero. Luego de no ser el presunto asesino, nada más lógico que fuera el propio Alec Cunningham's en el espacio de tiempo que estuvo solo con el moribundo, antes de que llegaran su padre y los criados. Como véis, esta es una suposición muy razonable, a pesar de lo cual no se le ocurrió al inspector. ¿Por qué? Porque tenía el prejuicio de la elevada posición de los Cunningham's. Yo, por el contrario, siempre que se trata de descubrir alguna cosa, me atengo exclusivamente a los hechos, dejando aparte todo lo que sepa de las personas que más o menos directamente hayan intervenido en el asunto. Así, pues, lo primero que consideré como importante fue averiguar el papel que hubiese jugado Alec Cunningham's en este crimen.

Por eso examiné tan cuidadosamente el trozo de papel, y el examen me hizo ver que efectivamente no me había engañado concediéndole una gran importancia. Aquí está. ¿Verdad que es algo extraño?

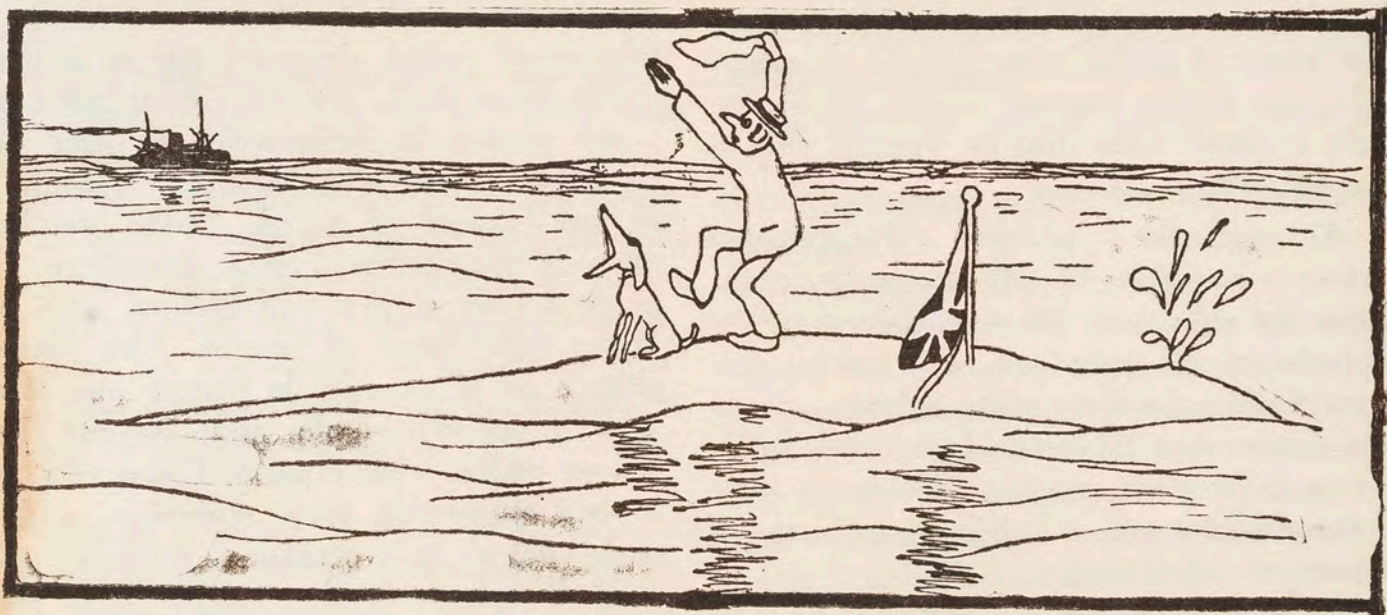
—Sí que lo es —dijo el coronel mirándolo fijamente.

—Vamos a ver, ¿qué opináis de él?

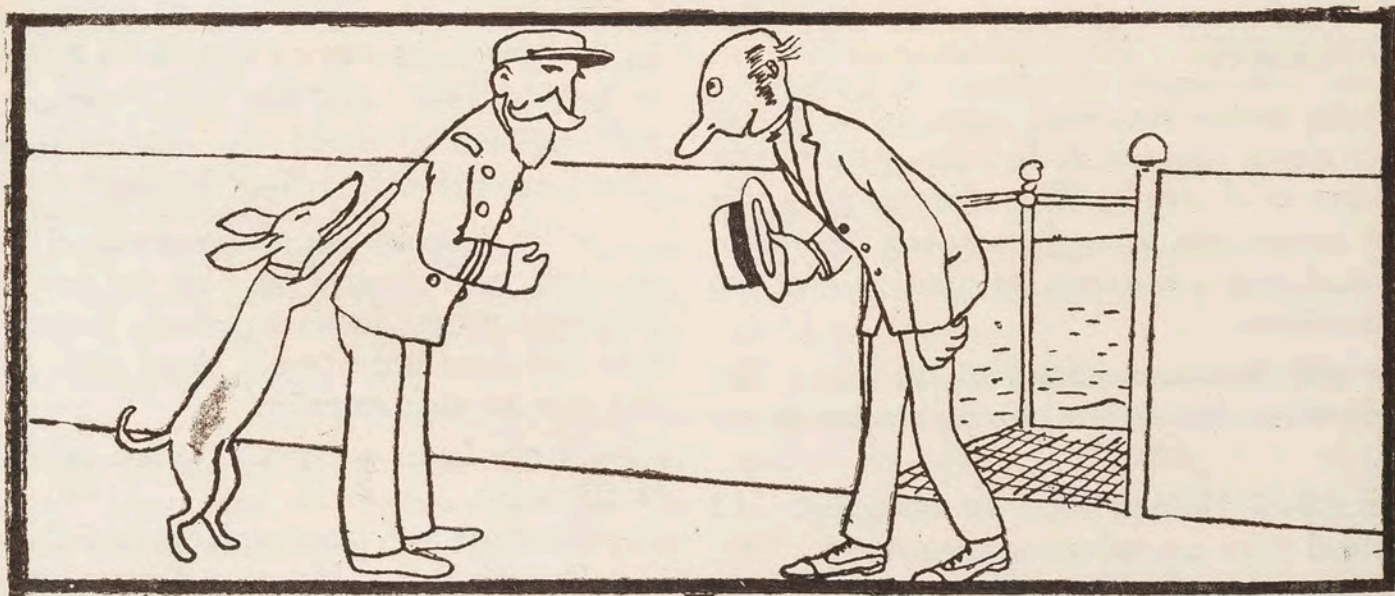
—Qué sé yo... Me parece muy raro el carácter de letra... pero no acierto a...

(Continuará)

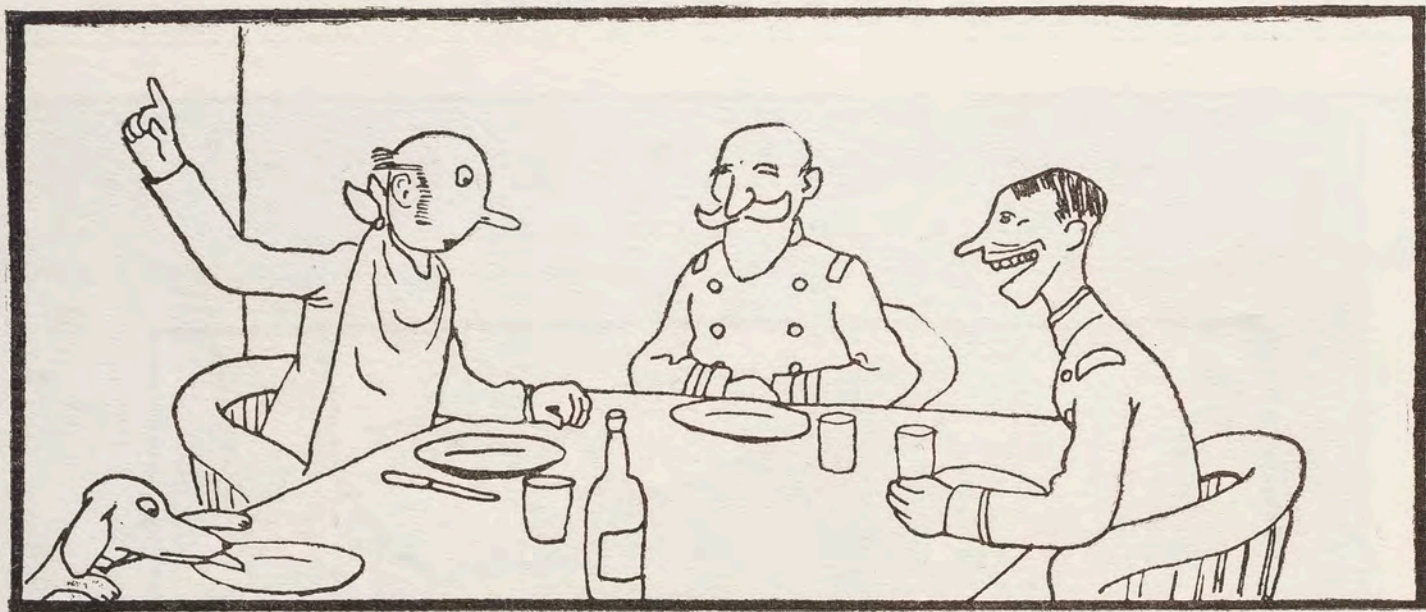
FANTASTICAS AVENTURAS DE TITO Y TIE



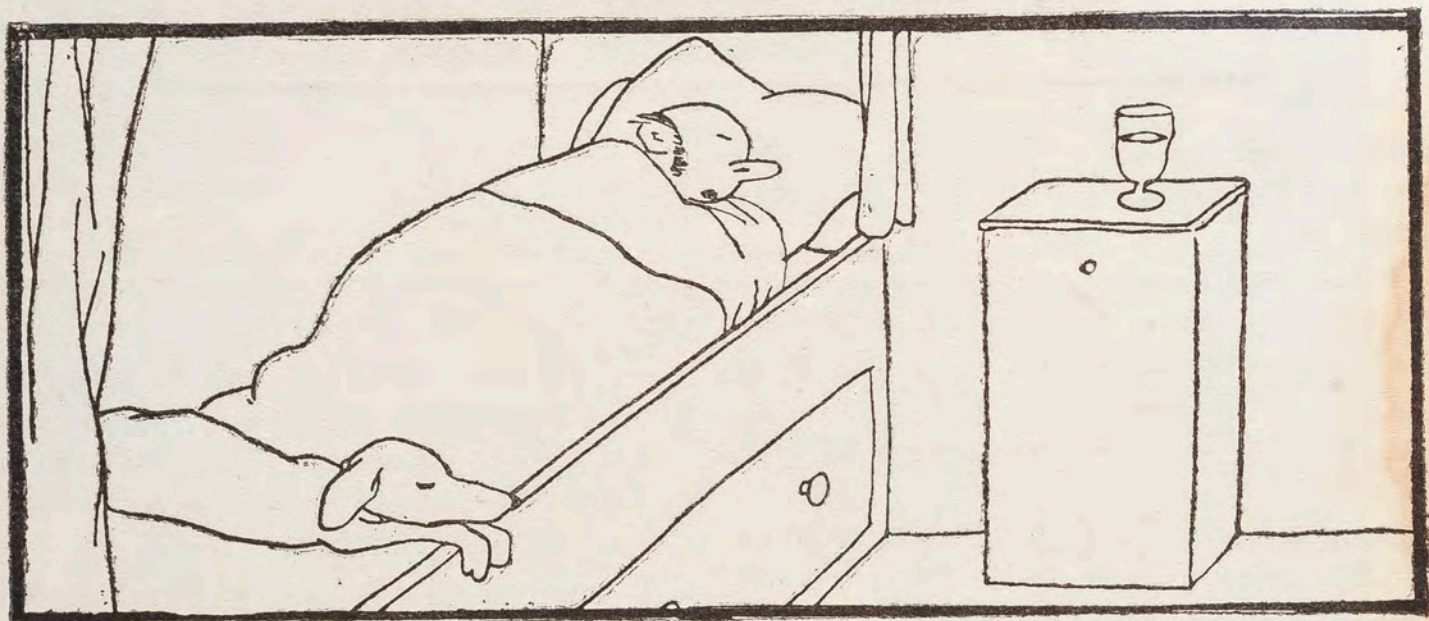
161. — Que no tardó en morir-se. A poco apareció un vapor en el horizonte. Dieron grandes gritos y fueron vistos.



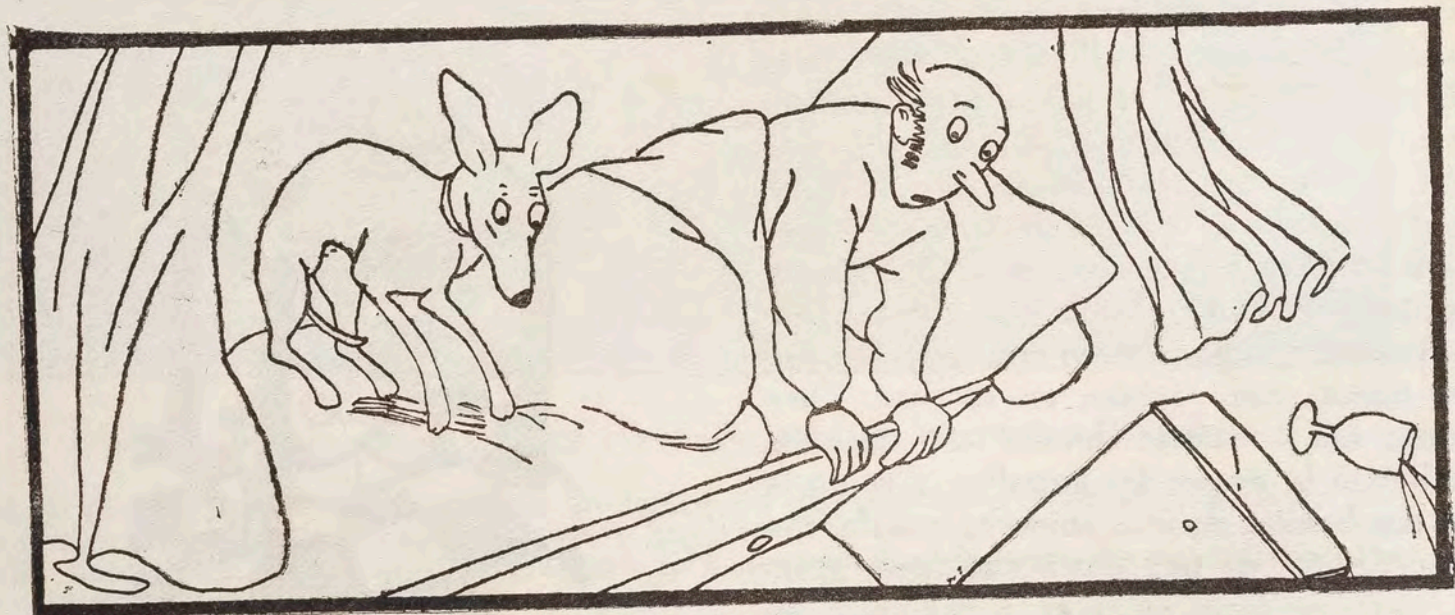
162. — Un cuarto de hora después estaban nuestros amigos a bordo de un cañonero francés que les acogió cordialmente.



163. — Nuestros amigos eran felices. Comían bien y por primera vez eran recibidos amablemente. Contó don Tito su historia...



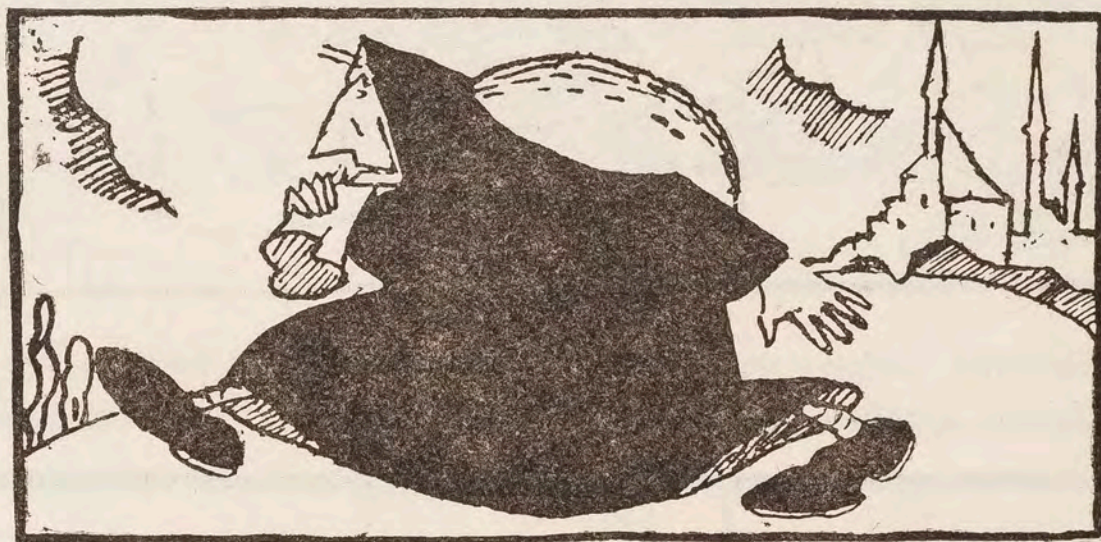
164. — Y después se acostó en un confortable camarote donde amo y perro no tardaron en dormirse profundamente.



165. — Pero qué poco dura la felicidad! Despertaron con sobresalto al oír un estampido horroroso al tiempo que el cañonero daba la vuelta.

◆ P E L U S A ◆

(POR EL PADRE LUIS COLOMA)



Pues, señor, que era vez y vez de una vieja, más vieja que el modo de llover, más fea que pegarle a su padre y más mala que el pecado mortal, que se llamaba la vieja Paví. Pues vamos a que esta vieja Paví tenía consigo a una niña de cinco a seis años, blanca y rubia como el angelito que juega a los pies de la Virgen con un manojito de flores.

Llamábase la niña Pelusa, y las vecinas la creían todas nieta de la tía Paví; porque la pícara vieja, a fuerza de pellizcos y alfilerazos la obligaba a llamarla abuela. Pero no era verdad; cuando era chiquita la había robado en el jardín de un palacio magnífico, donde se había dormido sobre unas maticas de albahaca y alhucemas mientras la niñera hablaba con el novio por la ventana de la tapia. Estaba la verja abierta, y la vieja Paví entró de puntillas, cogió a la niña dormida, la metió en un saco de trapos y echó a correr, pensando sacarle las mantecitas para hacer el unto con que las brujas vuelan; porque ella lo era, y de las malas, malas, que montan en escobas. Pero cuando fue a matarla lloraba tanto la niña, que temió la oyesen los guardias, y como la vio tan bonita, decidió entonces criarla con mendruguitos de pan hasta que fuese grande, para venderla entonces a cualquier señorón rico que la pagase bien.

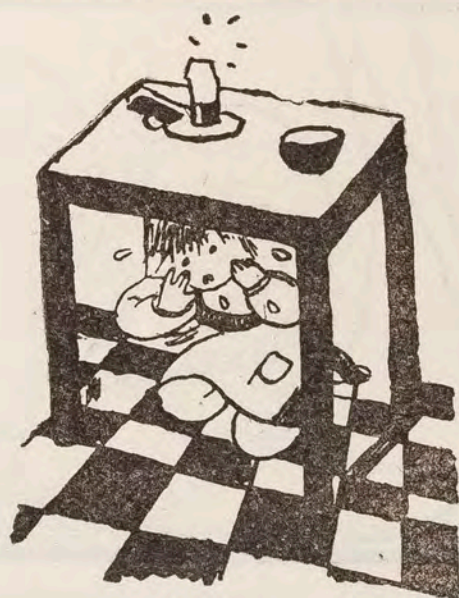
Cuando creció Pelusa extrañábase y do-

líase de que todos los niños tuviesen un papá y una mamá, y ella no tuviese ninguno. Un día preguntó, llorando, a la vieja:

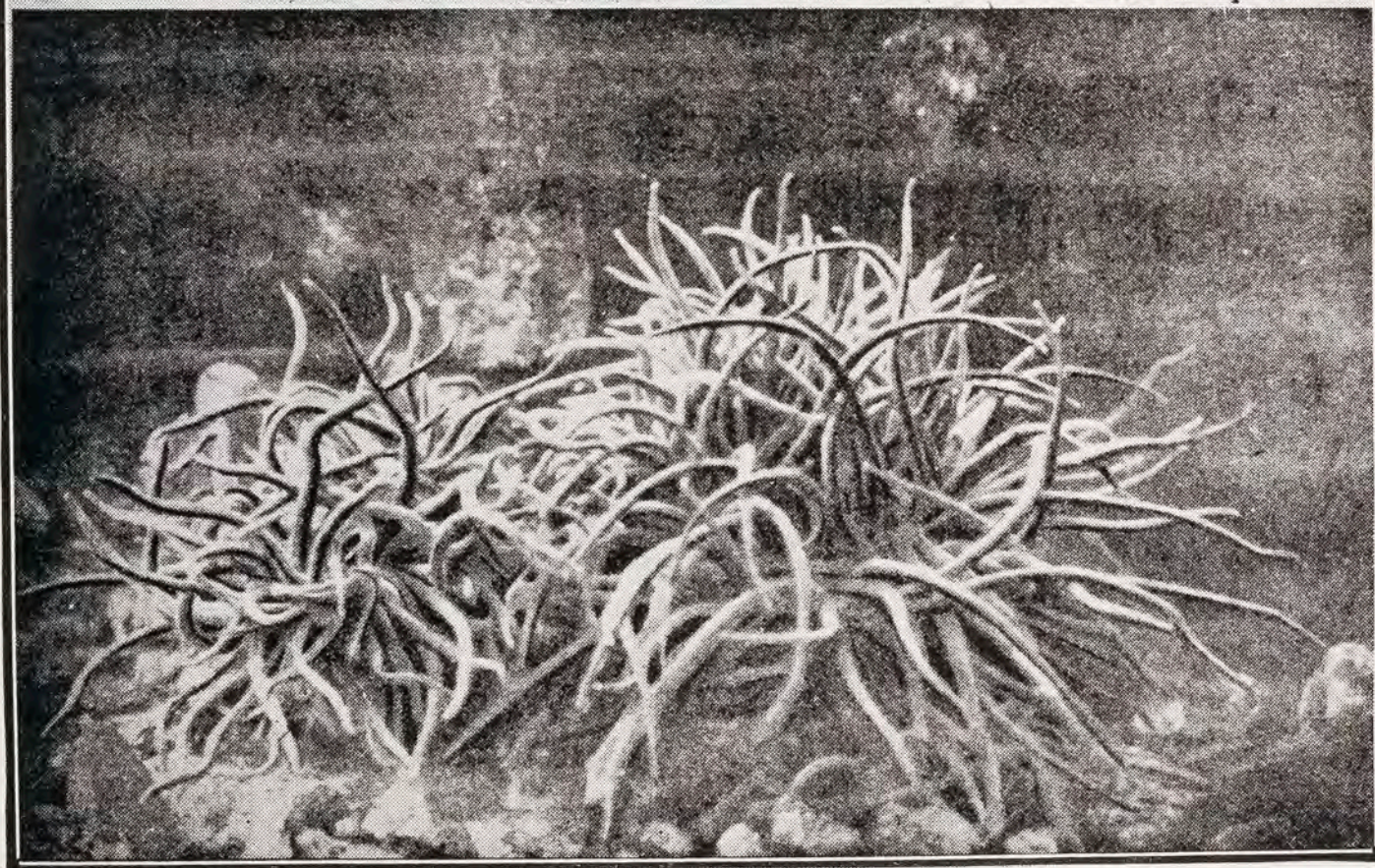
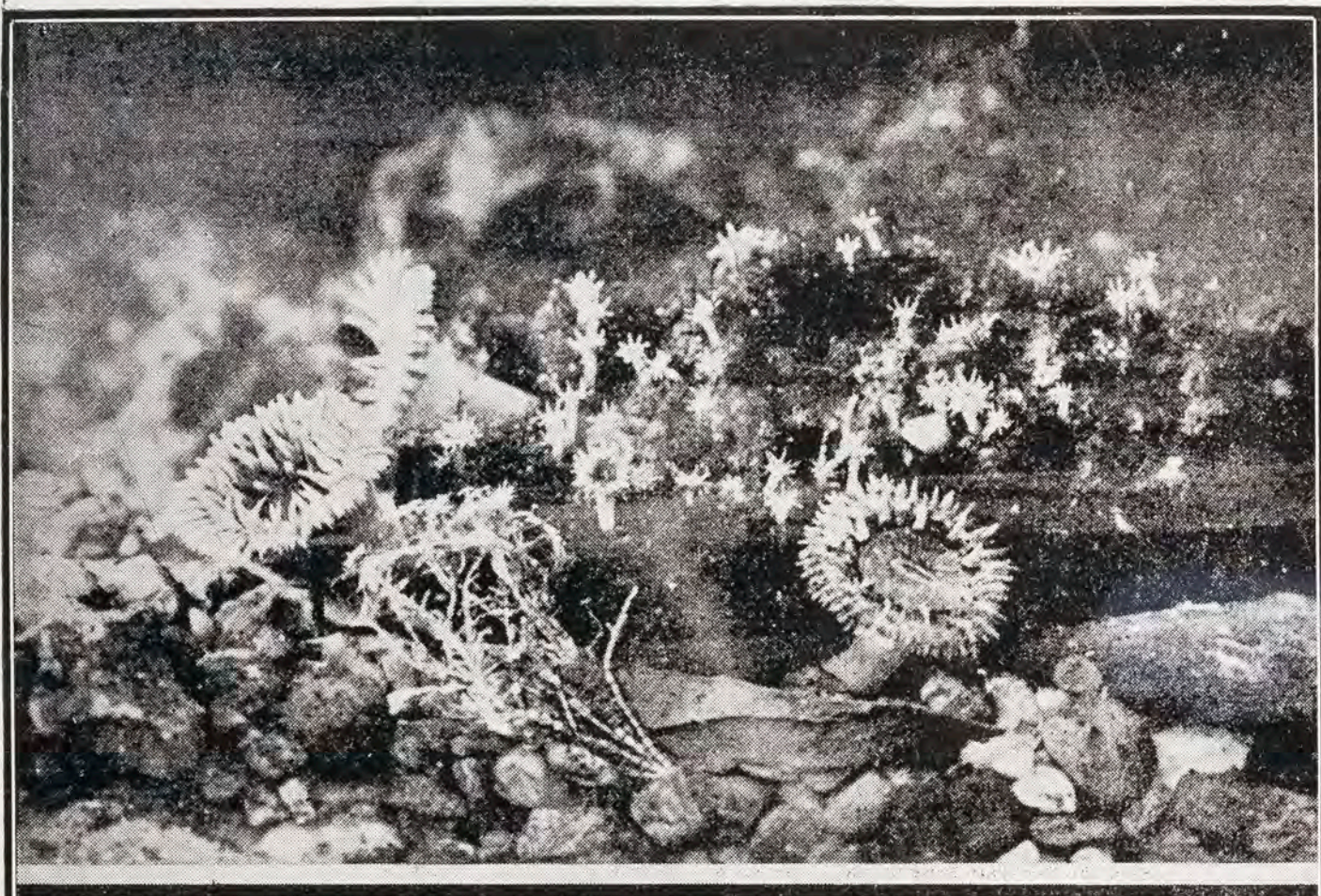
—Pero, abuela, por qué no tengo yo papá? Por qué no tengo mamá?

—Porque tú naciste en las pelusas de un nido de ratones—, le contestó la vieja furiosa. Allí te encontré yo barriendo un día el rincón de la despensa; por eso te llamas Pelusa. Pelusa! Pelusa!

Y para que no llorara, le pegaba con la caña de la escoba y le tiraba pellizcos, y le pinchaba las manitas con un alfiler negro muy gordo con cabecita verde. Pelusita se escondió debajo de la mesa, y llorando muy



Pasa a la pág. 15



FORMAS FLOREADAS DE ACTINIOS Y ANÉMONA-SUZCADA O ANÉMONA-MARGARITA

Debajo de la superficie del mar existen las formas de vida más maravillosas, algunas de las cuales nos recuerdan ciertas formas terrestres y aun llegan a ostentar un aspecto sumamente extraño, naturalmente, desde el punto de vista de lo que podemos comparar con estas últimas. Pero para estudiar tales formas de vida y particularmente el tipo que tenemos a la vista, es necesario trabajar con luz apropiada. La anémona de mar sacada fuera del agua es cosa tristísima; pero su vida real puede ser observada a través del cristal de un acuario. El grupo de la fotografía inferior está formado en manera análoga a los pétalos tubulares de ciertas flores.

Suave

leyenda



Por T. Gutiérrez



Calderón.

I

*Un niño, de cabellos de oro,
de mirada de cielo
y cuya boca, divina y sonrosada,
fingía un terciopelo
rojo, a su madre un día
decía:*

—¿Qué es lo que llaman Patria, madre mía? . . .

*Y la madre, sonriente
le contestó, besándolo en la frente:*

*—¡El pedazo de tierra en que vivimos,
el cielo que nos cubre,
el amor que sentimos,
el aire que nos trae los olores
de las mejores flores,
el idioma que hablamos
y la fe que aprendemos y enseñamos!*

—¿Y la bandera, madre, la bandera? . . .

*—La bandera, hijo mío,
la bandera es un trío
celestes, rojo y rubio.*

*Tú tienes la bandera
en tus cabellos de oro,
en tus ojos azules
y en tu boquita roja. . .*

*Encantado tesoro
de toda mi amorosa primavera:
arráncate los labios*

*y los ojos azules
y los cabellos de oro
y hacemos la bandera.*

*Y el niño, por los amplios corredores
llenos de los olores
de las mejores flores,
hacía un ruido sonoro
de gasas y de tules,
de agua, de brisa, de capullo y de hoja,
sacudiendo la rubia cabellera
y diciendo, con gracia lisonjera:
—¡En mis cabellos de oro,
en mis ojos azules
y en mi boquita roja,
yo tengo la bandera!*

II

Pasaron años.

*A la Patria un día
atacaron, con pérfida osadía,
fieros,
aventureros.*

*Y aquel niño, que entonces ya era un mozo
de veintidós eneros,
se fue con los guerreros
que iban a la frontera,
y, en medio de fusiles y tambores,
llevaban la bandera,
para vencer los fieros invasores.*

III

*Volvieron los guerreros,
curtidos por el sol,
olorosos al humo del combate,
salpicados de sangre los aceros
y revuelta la undosa cabellera.
Y entre la música de los clarines,
bajo una tarde azul de primavera
y entre una lluvia de olorosas flores,
los fieros
paladines
vencedores
traían la bandera:
¡que venciera a los fieros invasores!*

*¡Salud al capitán!, que cuando niño
recorría los amplios corredores,
sacudiendo la rubia cabellera
y repitiendo, con febril cariño:
—¡En mis cabellos de oro,
en mis ojos azules
y en mi boquita roja,
yo tengo la bandera!*

*Que griten los soldados vencedores,
con olímpico afán,
y digan las cornetas y tambores:
¡que viva el capitán!*

EL NIÑO JAN Y SU NUEVO BOTE



Jan, el niño holandés, se sentía feliz porque su buen papá le había regalado un bote primoroso.

“Voy a hacerlo navegar yo solo, se decía, porque si lo ven mis amigos me lo quitarán para jugar con él”.

Jan salió muy campante con su bote y lo echó al agua. Estando en esta entretención, oyó risas, cuchicheos y unas voces que le decían:

“Con que querías irte solo. Te hemos estado observando y oyendo lo que decías, majaderón!”

Jan se quedó con la boca abierta, porque no sabía de dónde salían aquellas voces. Si nuestros lectores se fijan bien, descubrirán a siete de los amigos de Jan escondidos por ahí.

Viene de la pág. 10

quedito para que no la oyese la vieja, decía desconsolada:

—Ay! Si yo tuviera un papá! Ay, si yo tuviera una mamá!...

Pues vamos a que un día fue la vieja Paví a echar una carta al correo y dejó a Pelusa sentada en la puerta de la calle al cuidado de la comida. Estaba ésta en un pucherito puesto sobre un anafe de yeso, y mientras hervía la olla entreteníase Pelusita con una muñequita rota y vieja que había encontrado en la basura. Estaba la muñequita sucia y despintada, y le faltaba una pata; pero como la pobrecita Pelusa nunca había tenido otra, parecíale preciosa, y le puso por nombre doña Amparo, porque así se llamaba la señora gorda que vivía al fin de la calle y que gastaba sombrero con plumas.

—Como yo no tengo papá ni tengo mamá —pensaba Pelusa—, tendré a doña Amparo y seré yo su mamá.

Y le hizo un vestidito con unos papelillos de colores que se encontró en la calle, y una monterita de papel blanco y le adornó con plumas que arrancó a una gallina muerta. Pues vamos que mientras Pelusita jugaba con doña Amparo, cuidando de la comida, vio venir por la calle abajo un hombre y una mujer que traía un niño chico en los brazos. Parecían muy pobres y venían, como de camino, muy tristes y cansados. Al llegar frente a la casa de Pelusita, la mujer se sentó en el suelo con el niño, como cansada, y el hombre se apoyó en la pared, como si le faltaran fuerzas. Dióle muchísima lástima

a Pelusita, porque tenía muy buen corazón, y se le saltaron las lágrimas. Entró corriendo en su vivienda y sacó dos sillas, que ofreció a los caminantes, diciéndoles con mucha caridad, que es la verdadera cortesía:

—Gustan ustedes de sentarse?

—Dios te lo pague, hija mía —respondió la mujer tomando la silla—, que venimos muy cansaditos, porque hemos andado ya dos leguas; nos falta todavía otra, y en todo el santo día de Dios no hemos probado bocado.

—Ni el niño tampoco?, preguntó Pelusa muy afligida.

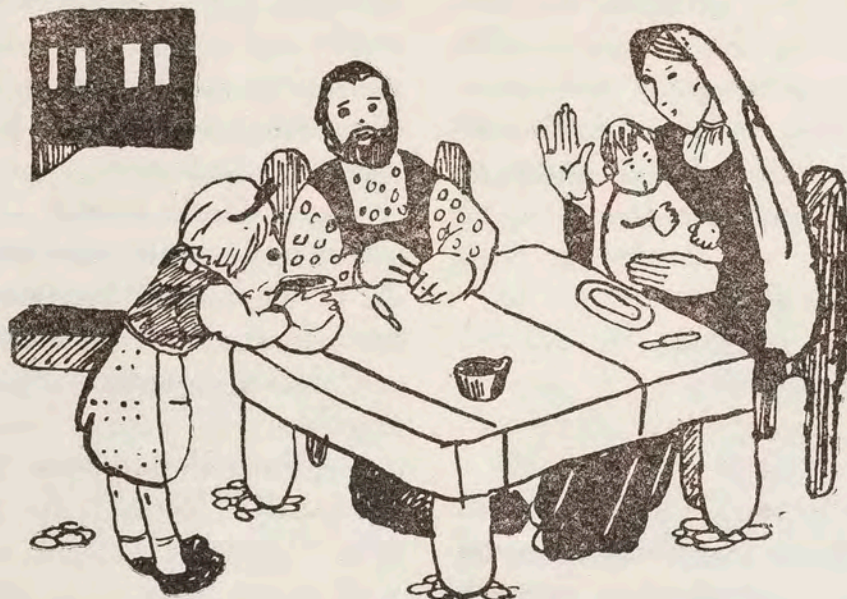
Tampoco!, respondió la mujer.

—Ay, Jesús!... Vaya por Dios! —exclamó Pelusa llorando de pena—, pues ahora mismo se van ustedes a comer estas sopitas, que ya han hervido y le sabrán al niño a gloria.

Y más pronto que la vista saca una mesa chiquita y la pone ante la mujer, cubierta con un mantelito blanco. Puso luego encima un plato muy limpio, y con mucho cuidado y primor volcó en él la sopa que hervía en el pucherito. Con esto despertó el niño, y se puso a saltar muy contento sobre las rodillas de su madre, extendiendo las manos hacia las sopitas. Mientras comían preguntó la mujer a Pelusa si vivía en aquella casa con su papá y su mamá.

—Yo nunca he tenido papá ni mamá— respondió Pelusa, bajando la cabeza avergonzada.

—Pues, entonces, dónde viniste a este mundo— preguntó el hombre muy extrañado.



—Dice la vieja Paví que me encontró en un nido de ratones, barriendo un día el rincón de la despensa.

El hombre y la mujer se miraron, y Pelusa continuó tristemente:

—Por eso no tengo a nadie que me quiera más que a doña Amparo, que es mi niña, y yo soy su mamá.

Al decir esto sacó la mulequita del bolsillo de su delantal, donde la había metido mientras ponía la mesa. No bien vio el niño la muñequita, redobló sus saltos y gritos de contento, y empezó a extender las manitas como si quisiera cogerla. Dióselo al punto Pelusa con mucho gusto y el niño la tomó con la manita izquierda y le echó la bendición con la derecha, soltándola después sobre la mesa. Y entonces fue lo maravilloso, que le puso a Pelusita los pelos de punta, no de miedo, ni de pavor, porque el niño no podía ser más bonito ni la mujer más hermosa, y el hombre que no era viejo, tenía una cara de buen señor que alejaba todo temor e infundía confianza. Pero, hija de mi alma, fue el caso que no bien cayó la muñequita sobre la mesa se levantó ella sola como una persona viva, con la pata rota ya compuesta, las narices, desconchadas, ya puestas en su sitio, y la cara, antes sucia y despintada, limpia ya, fresca, colorada y reluciente como si acabara de salir de la tienda. El niño tocaba las palmitas muy contento, saltando siempre sobre las rodillas de su madre, y la muñequita comenzó a bailar al compás encima de la mesa, con tanta gracia y maestría como una bailarina del circo. Al mismo tiempo cantaba con una vocecita chillona que penetraba hasta los sesos esta coplita de Nochebuena; porque eran ya por entonces los días de Navidad, y los chiquillos alborotaban las calles cantando al Niño Jesús con zambombas y panderetas:

*En el portal de Belén
hay un nido de ratones,
y al Patriarca San José
le han roído los calzones.*

Al oír la coplita la mujer miró al hombre sonriéndose, y éste se sonrió también, mirándose con disimulo los calzones, como si

temiese que fueran ellos los aludidos en la copla. La muñequita siguió cantando:

*Yo quiero ir a Belén
aunque me riña mi amo,
que yo quiero ver también
ese Niño soberano.
Yo le llevé unas sopitas,
y no las quiso comer:
como estaban calientitas
se las comió San José.
San José bendito,
por qué te quemaste?
Viendo que eran "gachas",
por qué no soplaste?*

La mujer y el hombre volvieron a mirarse y a sonreírse, y aun dicen algunos que éste se puso colorado; porque era verdad que, con el hambre que traía el buen señor, se abalanzó con tanta prisa a la sopa del puchero, que se quemó y se hizo pupa en la lengua.

La mujer extendió la mano sobre la muñequita y ésta, saltando como una pulga, se metió en el bolsillo del delantal de pelusa y allí se mantuvo muy quieta, asomando la cabecita por un descosido que el bolsillo tenía. La mujer dijo entonces a Pelusa, con mucho cariño:

—Mira, Pelusa, lo que te ha dicho la vieja Paví que te encontró en un nido de ratones, es una mentira muy gorda. Tú tienes, como todos los niños, un papá muy guapo y una mamá muy preciosa, que te quieren mucho y que andan buscándote.

Los piececillos de Pelusa comenzaron a moverse y a alborotarse como si quisieran ya echar a correr en busca de aquel papá tan guapo y aquella mamá tan hermosa. Encendida como una rosa y brillantes los ojos de alegría, preguntó:

—¿Y dónde están?

—En el castillo de *Irás y no volverás*, donde la vieja Paví los tiene encantados— contestó la mujer sin apurarse demasiado.

Pelusita se echó a llorar, diciendo muy afligida:

—¿Pero dónde está eso? ¿Quién me llevará allí? Yo soy chiquita y no puedo ir sola!

(Continuará)

EL GATO Y EL LORO

Madama Teófilo era una gata rubia, de la cual un escritor francés, Teófilo Gautier, refiere la siguiente encantadora historieta:

Tenía el pecho blanco, la nariz rosada, los ojos azules, y se llamaba *Madama Teófilo* por hallarse conmigo en los más amistosos términos, durmiendo al pie de mi cama, acurrucándose en el brazo de mi sillón cuando escribía, bajando al jardín para seguirme en mis paseos, asistiendo a mis comidas, e interceptándome a veces algún bocado al llevarlo con el tenedor a mi boca.

Cierta día, un amigo debía ausentarse por breve tiempo, confió a mi cuidado un papagayo que tenía. El loro, al sentirse transportado a tierra extraña, se encaramó, valiéndose del pico, hasta el tope de su percha, y ya situado allí, silencioso y trémulo, comenzó a rodar los ojos, lleno de alarma.

Madama Teófilo no había visto nunca ningún loro y aquel sér tan nuevo para ella, le causó evidentemente una inmensa sorpresa. Inmóvil, cual un embalsamado gato de Egipto, miraba al ave con aire de profunda meditación, evocando todas las nociones de historia natural que habría podido recoger en los tejados, en el corral, y en el jardín.

Cruzaba por sus ojos guiñadores la sombra de aquellos pensamientos y pude descifrar tan claramente como si hubiese hablado en el lenguaje humano, el resultado de su examen:

—Decididamente, este bicho tan raro no puede ser una gallina verde.

Llegada a esta conclusión la gata saltó de la mesa donde había establecido su observatorio y se agachó en un rincón de la sala, con el vientre contra el suelo, las patas adelantadas, la cabeza baja, los lomos extendidos, como una astuta pantera, en espera de las gacelas que abandonan sus madrigueras para ir a pagar su sed en el lago.

El loro seguía aquellos movimientos con febril ansiedad; erizó sus plumas; hizo resonar su cadena; levantó agitado el pie y aguzó el pico contra el borde de su comedero. El instinto le decía que había un enemigo dispuesto a cometer alguna maldad.

En los ojos de la gata, fijos en el loro

con fascinadora intensidad, leíase en un lenguaje que el volátil comprendía perfectamente y no dejaba la menor duda: “Aunque verde, este pollo debe ser bueno de comer”.

Seguía yo la escena con interés, pronto a intervenir cuando llegara el caso. Madama Teófilo se fue acercando al loro; agitóse su nariz rosada, entornó los ojos, abrió y cerró sus zarpas. Corríanle ligeros estremecimientos de arriba abajo del espinazo, como a un goloso que se relame ante un delicioso pollo trufado y deleitábase al pensar en el succulento y raro manjar pronto a ser engullido. Aquel plato extraño, tan nuevo para ella, despertaba su apetito.

De pronto doblóse su lomo como un arco tirante y de un salto elástico llegó al pie de la percha. El loro, viendo el peligro que corría, exclamó de pronto con voz baja y solemne:

—¿Has almorzado, Jaime?

Esta frase causó un terror indescriptible en la gata, que dio un salto atrás. Una banda de trompetas, un estruendo de bombos y platillos, un pistoletazo disparado al oído no le hubieran producido un terror más loco. Todas sus ideas sobre los volátiles estaban trastornadas. Su cara expresaba claramente la trastornadora idea que repentinamente le había asaltado:

—¡Este no es un pájaro! ¡Este es una persona! ¡Habla!

Entonces el papagayo comenzó a cantar, con voz ensordecedora, convencido de que el terror ocasionado por su discurso había sido su mejor medio de defensa.

La gata vino corriendo hacia mí, dirigióme una mirada de interrogación y como mi respuesta no le satisficiera, se metió debajo de la cama de donde fue imposible hacerla salir en todo el día.

Al siguiente, algo más valerosa Madama Teófilo, se aventuró a intentar otro tímido ataque, pero con igual fortuna que anteriormente.

Desde aquel instante, echó un velo sobre lo ocurrido y dio por indiscutible que el pájaro verde era un individuo a quien debía tratarse con respeto.

HISTORIA DE UN CHANCHITO DE MADERA

POR ROBERTO BORBOLLA

(El cuento que sigue—admirable por su combinación de ingenio inventivo, de sentimiento y de fluidez de estilo—ha sido escrito por un niño de doce años. Así lo dice un jurado de escritores que le acordó uno de los tres primeros premios de un concurso literario infantil celebrado recientemente en París).

Ah, si pudiera ser un héroe!—suspiraba un chanchito de madera, pintado de rosa que se hallaba en el escaparate de una juguetería.

—¿Por qué quieres ser un chanchito heroico?—le preguntó su hermano gemelo, expuesto a su lado—. Se diría que tienes corazón....

—¿Por cierto que lo tengo! Es quizá de madera, pero lo siento palpitante en mi pecho.

Y el chanchito de madera exhaló un prolongado suspiro. Entonces, en el escaparate se oyó una carcajada general.

Un capitán de fiero aspecto y de orgulloso porte, que se pavoneaba en su uniforme recamado de oro, exclamó:

—¿Y ustedes hacen caso a ese chanchito de madera que pretende poseer un corazón? ¡Ja, ja, ja! ¡Y que quiere ser un héroe! ¡Oh, oh, oh!

Y el oficial se echó a reír a carcajadas.

Una bellísima muñeca recién llegada de París volvió con gracioso gesto la cabeza, y dijo:

—¡Ah, ah, mi estimado Rintintín! Le daré un consejo. No tenga corazón, no, no. Sólo sirve para sufrir, sí, sí. Y en cuanto a eso de ser un héroe, no me parece cosa envidiable, porque casi siempre los actos heroicos son acompañados de fractura de huesos.

El pobre chanchito de madera no comprendió esas palabras, porque en vez de oírlas se pasó el tiempo mirando con el rabo de ojo a la muñeca tan bella, tan elegante, tan distinguida.... De pronto, atrajo su atención un niño de sonrosadas y gordiflonas mejillas que, apoyada la frente en el vidrio, no cesaba de admirarlo, a él y a su hermano gemelo.

Era evidente que ese niño anhelaba tener en sus manos los dos chanchitos hermanos, tan bien hechos que los que los miraban no tardaban en creer que los oían gruñir. Un minuto después, el niño entró en el almacén, seguido por una mujer joven de amable sonrisa pero pobremente vestida, y por un hombre en quien, aun desde muy lejos, cualquiera hubiera reconocido a un marinero.

El dependiente se adelantó a su encuentro con la sonrisa en los labios, y por otra parte no poco sorprendido porque esa clase de personas no solían ser clientes de la casa.

—Tío Ricardo, quiero uno de esos chanchitos que están en el escaparate.

—Pero, ¡hijo mío!—le observó la mujer—. Debe ser muy caro.

Y volviéndose hacia el marinero, agregó:

—No le hagas caso, Ricardo. Es un juguete de demasiado precio para Andresito.

El tío Ricardo extendió el brazo con ademán majestuoso:

—Eso es asunto mío, Francisca. Aunque cueste una locura, se lo he de comprar, porque quiero ver contento al niño y porque tengo con qué pagar.

Y mostró en la mano algunos billetes de banco.

—Vén, Andrés: elige el chanchito que te guste.

Y seguido por el sobrino, se acercó al escaparate.

—¡Dios mío! ¿Me elegirá?—piensa ansiosamente Rintintín.

Andrés, después de un momento de indecisión, tiende la mano y toma a Rintintín, muy orgulloso por haber sido elegido.

—¡No, no lo envuelva!—dice el tío Ricardo, depositando en la mano del dependiente el precio del juguete.

Salieron en seguida y se perdieron en el dédalo de las callejuelas estrechas y tortuosas.

Han transcurrido algunos años. El tío Ricardo, que partió hace mucho tiempo, no volvió más. La mujer y el niño llevan luto. El chanchito color rosa vive todavía, mimado por Andrés, que lo acaricia y lo cuida solícitamente. Pero ya no se llama Rintintín. Andrés le ha puesto el nombre de Bouboule. Su dueño es ya un mozo hecho y derecho. Dentro de quince días partirá en un barco, porque el mar lo llama con insistencia.

Andrés ha partido, y la pobre madre llora y llora. El afligido Bouboule la mira con sus ojos pintados. Le late fuerte el conmovido corazón de madera. Quisiera consolar a la mujer, tranquilizarla con palabras afectuosas, pero no puede hablar.

La madre de Andrés está enferma y ve con angustia que se le acaban los pocos centavos. Un vecino le proporciona socorros, pero, como retribución de sus servicios, se lleva uno tras otro, los pobres muebles

del hogar. Un día, al ver al chanchito de madera que lloraba—y lloraba con todo su corazón, aunque nadie veía sus lágrimas,—el vecino poco escrupuloso, alzó a Bouboule y después de examinarlo con atención, dijo:

—Hoy, señora, me llevaré este chanchito que me parece muy lindo.

—¡No, no! Es un recuerdo de mi hijo. Lévese, en cambio, esa silla del rincón, que ya no uso.

El vecino tomó la silla y se fue.

Por fin, un día volvió Andrés, con algunas monedas en el bolsillo.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Y Andrés, en un transporte de ternura, abrazaba a la madre.

¡Hurra! ¡Hurra!—gritaba el chanchito de madera, con voz sin sonido.

—Y ahora prepararemos una sopa, ¿Dónde está la leña para el fuego?

—Ya no hay leña en casa, hijo mío!

—¡Ah! Ahí está el chanchito de madera. Vén conmigo.

Andrés alzó el chanchito, se lo lleva a la habitación contigua y le da un beso en la frente.

—¡Adiós!

Pronto arde el fuego en la chimenea y hierve en la olla la sopa. Nadie, a no ser Andrés, habría podido decir de dónde salió la leña que se consumía con llama clara.

—Hijo mío, ¡qué lindo fuego!
Y la madre, al verlo, se extasiaba con las manos juntas.

—Pero, ¿de dónde sacaste la leña?
Entonces Andrés, arrodillado y con la cabeza apoyada en la falda materna, dijo en voz baja:

—¡Es Bouboule!
El chanchito color rosa había conseguido lo que tanto deseó: morir como un héroe.

EL CIERVO SALTARIN DE COLA NEGRA

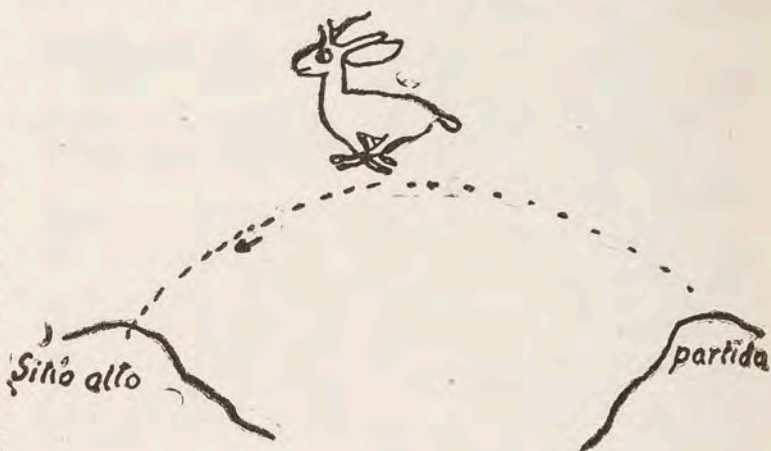
Cuando Lewis y Clark llegaron hace ciento diez años al Gran Río Siux en Dakota, durante su famoso viaje por el Missouri arriba, en el mismo borde y comienzos de su cordillera, encontraron el cariacó o ciervo-mulo y añadieron esta nueva especie a su colección.

Es el ciervo característico del agreste país que se extiende desde Méjico a la Columbia británica y desde California a Manitoba, y uno de los géneros que más fácilmente se ven en el santuario de Yellowstone.

Si se va desde Gardiner, pasando por debajo de la Gran Torre de la Roca del Aguila, en la cual un quebrantahuesos viene anidando año tras año desde tiempo inmemorial, y se penetra en el espacio despejado que hay frente al Hotel Mammoth Hot Springs, es casi seguro el tropezarse con una familia de ciervos que vaga por el césped o se detiene entre los arbustos, con toda la gracia sencilla o ingenua del animal verdaderamente salvaje. Son los representantes de varios centenares que se reúnen cada otoño en aquella pradera y a su alrededor, pero que en verano se dispersan por los cerros colindantes, para volver, sin duda en número aumentado, cuando las primeras nevadas espesas les advierten que deben buscar un refugio invernal.

Como los demás animales esos ciervos son indígenas de la región y salvajes de verdad, pero tan educados por el mucho tiempo que llevan de vivir solos y en paz, que es fácil acercarse a pocas yardas de ellos.

El cazador de fotografías debe siempre aprovechar esta oportuni-



dad, no sólo porque son seres agresivos y hermosos, sino también porque puede mandar revelar las fotografías en el hotel, por la noche y ver así si su máquina marcha bien con esa nueva luz y ese nuevo ambiente.

Se trata del ciervo de cola negra, común en país montañoso, llamado ciervo-mulo por sus largas orejas y la forma de su cola. En el Canadá se le conoce con el nombre de ciervo saltarín, que se le ha dado por su modo de andar, y en las Montañas Rocosas es familiar su apodo de colinegro saltarín. Saltarín lo llaman por la maravillosa manera con que hiere el suelo con las patas rígidas, se alza en el aire mediante poco esfuerzo aparente y va a caer a cuatro o cinco metros más allá. Como dicen los cazadores, el colinegro no toca más que los puntos altos del paisaje. En terreno llano no corre tan bien como el antílope o el ciervo de cola blanca, y muchas veces me había preguntado yo por qué ha adoptado esa forma tan trabajosa de brincar, que me parecía inferior al peso normal de sus parientes. Mas por fin fui testigo ocular de un episodio que me explicó el enigma, y que será publicado en el próximo número con el título de *La terrible carrera de la colinegra madre*.

EL CARIACO ESTA SEGURO EN LAS COLINAS

Aquel día averigüé la razón de semejante vuelo a saltos tan hermoso, aunque no el más apropiado ni el más ligero en las llanuras, pero sí en las colinas, cuyo dominio y seguridad les da, convirtiéndolos en pobladores montañeses a quienes no pueden alcanzar los peligros del llano.

Así, pues, oh viajero! si te acercas demasiado al ciervo colinegro que esté paciando cerca del gran hotel y lo asustas con tu presencia —porque es verdaderamente salvaje—, verás que no se lanza a la carrera abierta, como el antílope y las liebres, ni a la tierra honda más espesa en matorrales, como los ciervos de cola blanca y los lences, sino a las más escarpadas laderas. Saben ellos muy bien dónde está su salvación, y en ese ribazo cercano y fragoso, deponiendo toda alarma, se agrupan y se quedan plantados con una gracia natural que lo tienta a uno a prodigar placas de fotografía, porque hay la posibilidad de alcanzar el triunfo que

corona el arte y que consiste en tomar un grupo de animales salvajes en que ninguno mire al objetivo.

Contaré otro incidente característico: en 1897 iba yo a caballo con mi mujer, de casa de Yancey al Baronett's Bridge, cuando nos topamos de manos a boca con un carriaco macho y joven. "Ahora—le dije—voy a mostrarte la cosa más admirable y bella que puede verse en materia de velocidad en la vida salvaje: vas a ver los famosos saltos del ciervo-mulo o colinegro". Dicho esto, piqué espuelas en persecución del joven macho, sabiendo que no necesitaba más que un ligero susto para verle hacer sus habilidades. Se asustó y echó a correr? Nada de eso. Estaba en el santuario de Yellowstone! No sabía nada de escopetas y perros: había vivido en seguridad toda su vida. Lo que hizo fue trotar algunos pasos para apartarse de mi camino, y luego se volvió a mirarme; pero saltar, correr y encaminarse a las tierras altas? Ni por asomo. Y hasta hoy mi compañera no ha podido ver al colinegro saltando lomas arriba.

TAQUIGRAFIA AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

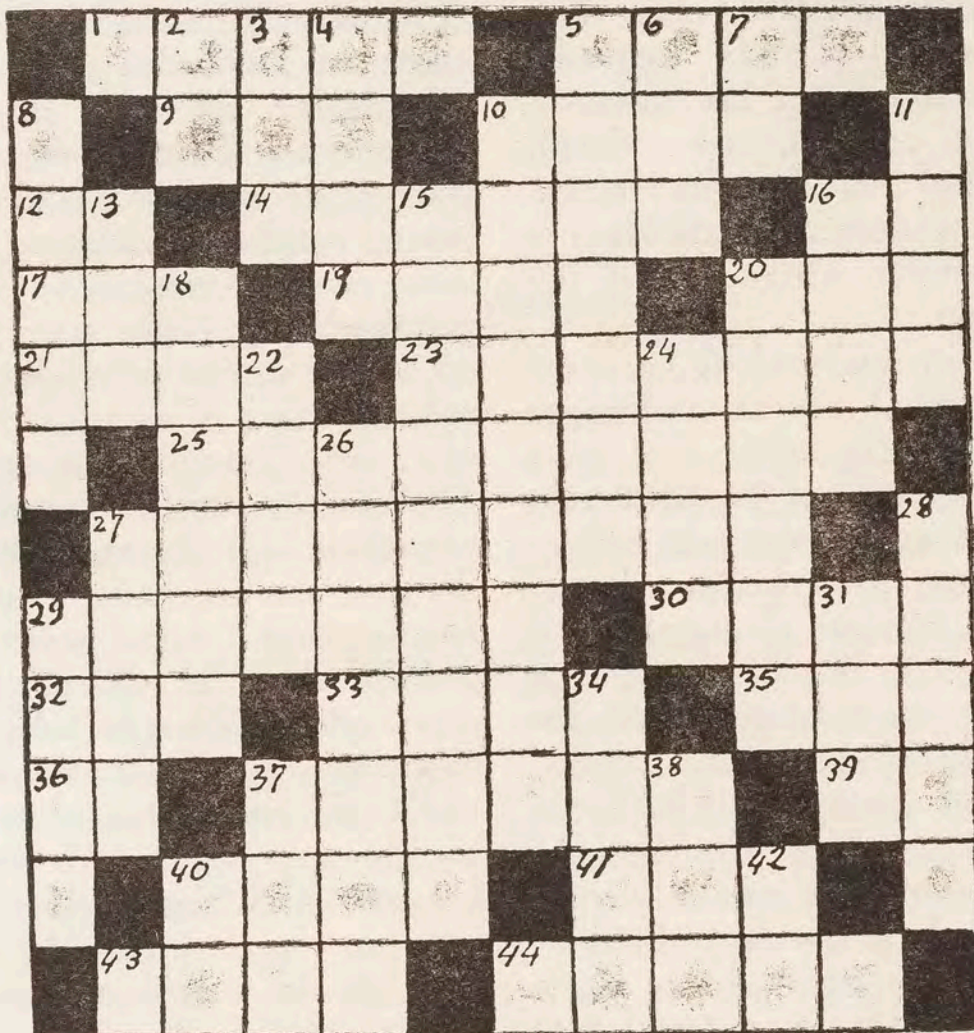
A E I O U

— — — — —

Con el objeto de proporcionar a los niños un medio fácil, divertido y estimulante para aprender TAQUIGRAFIA, abrimos hoy esta página en la que aparecerá cada jueves una parte del alfabeto especial de la TAQUIGRAFIA.

Animo, pues, queridos niños, aprended pronto estas letras cada jueves, que muy pronto sabréis todo el alfabeto, y entonces abriremos un gran concurso de palabras y frases escritas en TAQUIGRAFIA.

CRUCIGRAMA



HORIZONTALES

1. Poema dramático puesto en música.—5. Coger.—9. Pasión.—10. Pez común en los mares de España.—12. Arrullo.—14. Hornilla portátil de hierro (pl.)—16. Río de Italia.—17. Repetición del sonido.—19. Divinidad egipcia.—20. Preposición.—21. Sobrina y esposa de Abraham.—23. Criado de la hornera que traía el pan cocido.—25. Que opera (fem.)—27. Persona que apara.—29. Aparato especial para detener el movimiento (dim).—30. Agata listada.—32. Lista, nómina o Catálogo.—33. Arqueólogo italiano natural de Florencia.—35. Adverbio de modo.—36. Preposición inseparable.—37. Huella o señal.—39. Preposición inseparable.—40. Parte prominente en la parte posterior del brazo.—41. Lía.—43. Recipiente.—44. Cueva donde se recoge el oso con su cría.

VERTICALES

2. Décimasexta letra del alfabeto griego.—3. Espacio de tiempo.—4. Batracio.—5. Buque con las velas tirantes.—6. Adj. posesivo (plu.)—7. Preposición inseparable.—8. Retenido.—10. Que afina (fem.)—11. Conjunto de personas reunidas para cantar.—13. Juego de niños.—15. Que tiene mucho aparato.—16. Apodo conocido.—18. Lámina de latón que imita al oro.—20. Río de la América del Sur.—24. Medida de áridos entre los hebreos.—26. Fundado.—27. Aro.—28. Resultado de la combinación del oxígeno con un radical.—29. Vestidura de gala (masc.)—34. Viajes.—37. Preposición inseparable que significa detrás o después.—38. Lía.—40. Interjección.—41. Campeón.—42. Abel Rosas.

SOLUCION AL CRUCIGRAMA DEL NUMERO 29

Horizontalmente: 1, Caza; 3, Ella; 5, Mala; 6, Pera; 7, Sea; 8, Vía; 9, Río; 11, Dar; 13, Razo; 14, Amor; 15, Luna; 16, Olor.
Verticalmente: 1, Coma; 2, Amasadora; 3, Espárrago; 4, Alar; 10, Dril; 12, Orar
 Obtuvo el premio Cecilia Hernández Iregui.

SENSACIONAL CONCURSO

QUERIDOS NIÑOS:

CHANCHITO, como siempre, ansioso de complacerlos, publica hoy un original e interesantísimo Concurso al alcance de todos. Consiste en lo siguiente: Cada jueves aparecerá en el centro de la página una frase formada con puntos de dos clases. Los puntos *negros* indican las *consonantes* y los puntos *blancos* las *vocales*. Para descifrar las frases y ganar por lo tanto el Concurso, habrá que practicar las siguientes reglas:

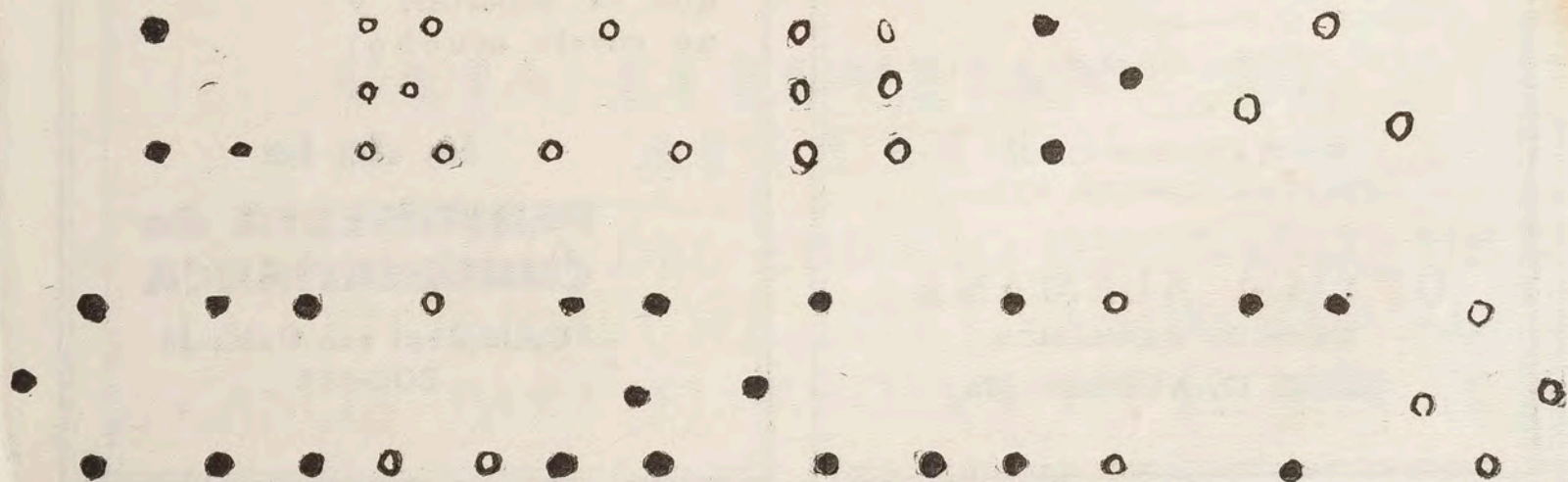
I. Trazar una línea en la dirección que indiquen los puntos hasta formar cada letra.

II. Los puntos *blancos* indican las *vocales*, y los puntos *negros* las *consonantes*.

III. Las soluciones deben enviarse al apartado 385 cuando termine el Concurso, pues no se recibirán soluciones sueltas sino **TODAS JUNTAS**.

Es un Concurso de gran interés y diversión. Vuestros papás, abuelitos y tíos se mostrarán encantados de ayudaros. Animo pues que el premio que se concederá a cada vencedor será algo verdaderamente precioso.

SEGUNDA FRASE:



UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Álbumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas.

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

AUGUSTO DUFFO

BOGOTA

CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

Calzado 'Búfalo'



Bufalo

*No Compre Sin Ver
Nuestro Enorme Surtido.*



ALMACENES:

1.^a CALLE REAL
NO. 11-20

3.^a CALLE REAL
NO. 13-90

ARTICULOS DE PINTURA



COLORES AL OLEO

COLORES A LA ACUARELA

COLORES PARA ANUNCIOS

COLORES PARA PINTAR SOBRE TEJIDOS

TIZAS PARA PINTAR AL PASTEL

TIZAS AL OLEO

PAPELES, PINCELES,
PALETAS, LAPICES, ETC.

OPTICA ALEMANA

SCHMIDT HERMANOS

CALLE 12, NUMERO 176

Nada tan rico

como frotarse el cuerpo,
después del baño
con

Agua de Colonia

Pídele a tu papá

una botellita de una
que es superior, y
no cuesta mucho:

**la de la
PERFUMERIA de
CUNDINAMARCA**

Calle Real con Calle 15
BOGOTA

NIÑOS

Aprovechen los domingos para pasear con sus familias en los trenes de recreo, beneficiándose con el reducido valor de los pasajes que les ofrece el

CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES

El pasaje hasta Apulo, de un sábado a lunes, en primera clase, incluyendo el servicio del hotel, sólo cuesta \$ 9.80. El pasaje de ida y regreso al Salto de Tequendama, en sábado o domingo, y en primera clase, vale \$ 0.50. En el magnífico hotel del Salto se les atenderá por un precio muy módico.

JUVENTUD DE AHORRO, VEJEZ DE ORO

EL PORVENIR ES INCIERTO - ECONOMICE USTED ALGO DE LO QUE GANA
TODOS LOS DIAS - LLEVE SUS AHORROS
A LA

CAJA COLOMBIANA DE AHORROS

PLANTA BAJA DEL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA, Y SOLICITE UNA PRECIOSA AL-
CANCIA PARA EL AHORRO EN EL HOGAR

LA LOTERIA DE CUNDINAMARCA

DARA A USTED POR SOLO \$ 0.20

UN PREMIO DE \$ 700-00

POR SOLO \$ 2-00

UN PREMIO DE \$ 7.000-00

Cinco sorteos y cinco premios mayores

CON SOLO UN BILLETE

10.000 PREMIOS

GRAN SORTEO EXTRA-GRATIS TODOS LOS AÑOS
PARA LOS NO FAVORECIDOS EN DINERO

SUSCRIBASE USTED

A

'CHANCHITO'

LA REVISTA DE LOS NIÑOS

ADMINISTRACION, CALLE 57 - 8-13

TELEFONO, 82 CH.